

Responder a la pregunta de "¿quién es?" no parece, en un principio, que pueda resultar problemático; no tiene uno, o una, o un halajo, más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perengañita de Cual, o estos/as o todas/os o todas/os de más allá e hijas/os, todos/as y cada uno/a, de nosotros/as respectivos/as padrecitos...

No, mira, ahí nos hemos equivocado; pero lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nosotros semejantes, tan nada diferentes de las propias que para qué repetirías y perder, sin ninguna necesidad, el hilo...

¿O ya lo hemos perdido?

Porque si lo hemos perdido tendremos que buscarlo, y nos pasará lo que nos sucedió cuando hace apenas unos días buscábamos algo también y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obsesó en despertar como ambrosía...

La dejamos hacer y, con deleite, aplicamos el néctar con las yemas de los dedos en las sienes, y en el **cuello**, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor avianescente del anillo mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más copulenta de las Monteverde — que **pero, bueno, eso es muy elástico...**

— ¿Elástico? — Doña Anastasia — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

— Como muchísimísimo.

— ¡Vaya por Dios! — Y, girándose Anastasia a su propia hermana — ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

— **Ea** — doña Anastasia —, no; Romana.

— ¿Pero cómo — la Monteverde — que **ea**, no?

— Pues como que no, sencillamente.

— Mira, Anastasia, yo tengo mucha, pero que muchísima cometa, pero, si hay algo que verdaderamente me molesta... Porque, ¿quién no ha sido, si en que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

— Ya, si no — doña Anastasia —; si algo sí. A lo que voy **ea** a que...

— Lo que ella está queriendo decir — la Monteverde copulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que

que, por hacerse el gracioso, hubo uno una vez — contaban que Clodoaldo Quijares, el hijo del jefe de estación — que se obstinaba en equivocarse (o simularlo, porque lo soltaba con mucha seriedad, pero era del dominio público que era muy trasto) y decir “en el culo”; y como a tanta gente le divierte todo ese tipo de alusiones a las zonas pudendas se organizaba mucho jolgorio que hacía enfadar a la señorita Nimia aunque la verdad era, según contaban también, que se le pasaba en seguida porque decía que

“bueno, hay que reconocer que es saludable alguna risa de vez en cuando para relajarse un poco”, porque a veces se creaba mucha tensión y, sobre todo, cuando la tía de Honorina (la huérfana) — que tenía que ser seca, sí, como siempre y según su carácter difícil, pero en el fondo y sin renunciar a sus modales algo rudos, bondadosa — se encontraba con que por alguna razón imprevista que no había habido tiempo de notificarle “para que por lo menos me mentalizase, so idiotas” se encontraba de manos a boca con la mediana de las de Barbadillo “que sabéis y de sobra que me cae muy gorda”. Porque Vilja había recibido una educación muy esmerada y era bastante simpática, pero las Barbadillo en general y la mediana en particular, no eran, decía ella, “santas de su devoción” y perdía los nervios cuando tenía que habérselas con ella y con aquel su temperamento (el de la huérfana) que tanto la crispaba.